

## NUESTRA SEÑORA DE LA GLORIA.

*Plena est omnis terra gloria ejus.*

Llena está toda la tierra de su gloria.

(ISAI. VI, 3).

Ya que á la virtud sigue la gloria, está muy puesto en razon, que cuantos se han hecho célebres por virtud hayan sido colmados de mucha gloria. Con frecuencia la historia consigna en sus páginas algunos nombres, á los cuales se les tributaron á porfia aplausos y honores; y la misma sagrada Escritura celebra, de vez en cuando, la memoria de aquellos que aparecieron llenos de méritos ante Dios y los hombres.

¿Qué maravilla, pues, que María, en la cual se reunieron todas las virtudes, y cuyas obras fueron tan excelentes, haya sido glorificada de tal manera, que pueda invocarse bajo el título de Nuestra Señora de la Gloria? ¿Qué maravilla, que bajo este título sea venerada Aquella, que vivió teniendo bajo sus piés encadenado y vencido el Infierno, y que sentada en el trono más resplandeciente de los eternos tabernáculos del Señor, sea alabada y bendita por todas las gerarquías angélicas por los siglos de los siglos?

No obstante, amados hermanos, debiendo hablaros en la presente festividad de María bajo la advocacion de Nuestra Señora de la Gloria, no me fatigaré inútilmente en atravesar las nubes, y descubriendo el Cielo ante vuestros ojos, mostraros la divina gloria de que goza allá arriba la Reina de los Ángeles y de los Santos. Por más que yo acertase á idealizar y expresar, nada hallaría tan espléndido que de algun modo os diese á conocer lo que ojo alguno vió, ni humano entendimiento pudo imaginar.

Dejando, pues, aquellas innarrables magnificencias, fijo la mirada en la tierra, y pasando revista de las generaciones anteriores á María, las que la acompañaron y las que la siguieron, del pasado, del

presente y del porvenir, procuraré sacar argumentos que os muestren en Ella á Nuestra Señora de la Gloria. Efectivamente; María fué glorificada aún ántes de que hubiese venido á hacer feliz la tierra con su presencia; y, por tanto, bien puede llamarse Nuestra Señora de la Gloria si atendemos á las glorificaciones que le tributaron las generaciones que la precedieron. María fué glorificada durante los días de su peregrinacion por la tierra, y por lo mismo puede llamarse Nuestra Señora de la Gloria por las glorificaciones con que la honraron las generaciones de su tiempo. María fué glorificada aún despues de su gloriosa Asuncion á los Cielos, así, pues, puede llamarse igualmente Nuestra Señora de la Gloria por las glorificaciones con que la enaltecieron las generaciones venideras. Saludémosla ántes con el ángel: A. M.

La primera palabra de gloria para María la pronunciaron los labios del mismo Dios en el Edén. Nuestros primeros padres, culpables y temblorosos, escuchaban la condenacion, que, en castigo de su loca desobediencia, les sometía al destierro y á la muerte, cuando vino á consolarles una prediccion misteriosa. En efecto; el Señor, haciendo traslucir su bondad en medio de la cólera, dijo á la serpiente infernal: Pondré enemistades entre tí y la Mujer; Ella aplastará la soberbia de tu cerviz. Y esta profetizada Mujer es María. Así, pues, si la promesa de la salvacion es tan antigua como nuestra condenacion, y si el día testigo de nuestra caída lo fué igualmente del restablecimiento de nuestra esperanza, se sigue de legitima consecuencia, que Adán, viendo desde entónces en María á la reparadora de su pecado y la bendicion de su posteridad, tuvo que alabar á esta Mujer extraordinaria, benéfica y singular.

Desde aquel momento los pueblos no han cesado jamás de pensar en las grandezas de la Virgen. Su recuerdo ha permanecido siempre vivo en las tradiciones de las gentes, y se ha conservado inalterable aún en medio de las mismas monstruosidades del paganismo. Sin embargo, no diré que habláran de Ella todas las Sibilas, ni que los Egipcios la esculpiesen con un niño en sus brazos, ni que los Argonautas, por consejo de su oráculo, le dedicasen un culto, ni que los Druidas, sacerdotes de las Galias, le consagráran un simulacro con este epígrafe: *Virgini pariturae*. En el templo santo de Dios nada debe decirse que no sea santo; en el día consagrado á la Purísima entre las vírgenes nada debe exponerse que sea ménos puro.

Fijemos la atencion en la nacion hebrea, en la que vivía, robuste-

cida por continuos vaticinios y fresca la idea de los futuros tiempos; y se nos descubrirá el gran cuadro, que muestra á María celebrada continuamente por espacio de cuarenta siglos. Los justos de la ley natural, dirigiendo una fatídica mirada á la cuna de esta Virgen bienaventurada, pronunciaron los más bellos augurios; los escogidos de la ley escrita, sonriendo á su alrededor, esparcían fragantes flores sobre el camino de su vida; los Profetas de Judá se alegraban pensando en la Madre del Mesías, la cual fué glorificada por cien lábios y de mil modos en todo el antiguo Testamento.

Empezemos por los Profetas. David vaticinó de María, cuando pedía al Señor, que saliese juntamente con el Arca de su santificación; Isaías, cuando anunciaba á la Virgen que debía darnos á Emanuel; Jeremías, cuando hablaba de la concepcion del Hombre en el seno castísimo de la Mujer; en fin, todos los Profetas, al vaticinar al mundo el Redentor, vaticinaban igualmente á Aquella que debía ser su Madre.

A los Profetas se unen los Patriarcas, que tambien vislumbraron á esta Virgen de consuelo y de alegría. La vió Noé, en el Arca que bogaba segura sobre las aguas del diluvio universal; la vió Jacob, en la escala misteriosa que subía de la tierra al Cielo; la vió Moisés, en la zarza ardiente del Oreb circuida de fuego, pero sin consumirse. Quien la vió en el tabernáculo donde descansaba el Arca de la alianza; este, en el blanco vellon, que primero y único recibe el suspirado rocío; aquel, en la Puerta del Santuario que mira á Oriente, jamás abierta, y por la cual no puede pasar hombre alguno.

A este coro de glorificaciones concurren con los Patriarcas las ilustres heroínas del pueblo hebreo, puesto que María presentaba unidos y conservados en su persona los varios rasgos de gracia, de fortaleza, de sabiduría, de sencillez, de pudor, de valor, de fé y de santidad en que sobresalió sobre todas ellas. La prudencia de Abigail, la modestia de Ruth, y la belleza de Raquel, fueron como sombras de la prudencia, de la modestia y de la belleza de María. María es Sara, que concibiendo á Isaac pasa á ser por este único hijo la madre de una numerosa posteridad; es Judith, que sin menoscabo de su castidad vence al enemigo de Israel; es Esther, que extraordinariamente bella y de graciosa presencia salva con su crédito á todos sus hermanos de la muerte, y derriba de una manera ignominiosa á su terrible adversario. Cuando Ana, al salir del Templo, engendraba á Samuel, anunciaba á María, que concebiría el Salvador; cuando Rebeca, ántes de ser concedida por esposa á Isaac, era interrogada sobre este

enlace, era figura de María, á la cual se pedía su consentimiento para la obra de la Encarnacion; cuando Débora vencía á las huestes enemigas, era figura de María, la cual había de aplastar á los enemigos espirituales.

Con los Profetas, con los Patriarcas y con las renombradas heroínas concuerda todo el antiguo Testamento. Simbolizada en los cedros del Libano, en las cipreses de Sion, en las palmas de Cades, en los vetustos olivos que florecen en los campos, en los plátanos más altos que crecen en medio de la cristalina corriente de las aguas, en el huerto cerrado, en la fuente sellada, María, en las páginas de los libros santos, aparecía al mundo como aurora, en cuyo seno florecen lirios y rosas; como luna, ante la cual se miran los astros menores; y como sol, que con sus rayos ahuyenta las tinieblas de la noche.

¡Ah! permitidme, hermanos míos, que pase en silencio los muchos simbolos y figuras que hablaban de la Virgen: sería lo mismo que introducirme en un asunto, del cual no fuese posible hallar el fin. Si quereis saber algo de estas glorificaciones, oid más bien las palabras de la Sabiduría que la Iglesia apropia á María: El Señor me ha poseído desde el principio de sus caminos, y ántes de que existiese el mundo yo existía ya. Todavía no existían los abismos, aún no manaban aguas de las fuentes, ni levantaban sus cumbres las colinas y los montes, cuando yo ya había sido concebida. Cuando Dios extendía los cielos y arqueaba el firmamento á manera de pabellon, cuando con ley fija encerraba los mares dentro de su ámbito, cuando asentaba los cimientos de la tierra y templaba el natural rigor de los elementos, cuando daba vida á las plantas, ya estaba yo en la mente de Dios, en el pensamiento de Dios, en la idea de Dios como primogénita entre todas las criaturas.

Así, pues, hermanos míos, en vista de lo poco que he podido indicar, y de otras muchísimas consideraciones que podría añadir y que dejo á vuestra devota imaginacion, podemos concluir sin temor de exagerar, que María debe ser invocada bajo el título de Nuestra Señora de la Gloria, considerándola con relacion á las alabanzas que le tributaron las generaciones que la precedieron.

Llegó el día en que esta prometida y glorificada Mujer debía venir al mundo, y entónces á las alabanzas de las generaciones que la precedieron, se unieron las alabanzas de las generaciones de su tiempo.

En primer lugar, el Evangelio dice, que María es Madre de Jesús. ¿Y cabe imaginar siquiera una alabanza mayor que ésta? Esta alabanza

encierra, efectivamente, un inmenso significado; ella sola contiene el más bello de los poemas y el más sublime de los panegíricos. La prerrogativa de que habla es tan alta, que sobrepuja á toda inteligencia; y la sublimidad que expresa es tan magnífica, que sobrepuja al Universo. Ni todas las lenguas de los hombres, ni todos los coros de los ángeles podrían decir jamás cuanta sea la grandeza de Dios, y, por consiguiente, ni todas las lenguas de los hombres, ni todos los coros de los ángeles pueden expresar cuanta sea la grandeza de la que es Madre de este Dios.

El Evangelio no habla ni una sola vez de la gloria de María. También aquí me es preciso limitar á pocas palabras lo mucho que podría decir, y que, ciertamente, embellecería mi discurso. Reduzco, pues, á tres las alabanzas que se dieron á María durante su vida, la del arcángel Gabriel, cuando le anunció la Maternidad divina; la de Elisabeth en casa de Zacarías; y la de la mujer evangélica en los campos de la Palestina.

Por lo que mira á la primera diré, que llegado el tiempo señalado en los eternos Consejos, en que el eterno Verbo de Dios debía descender á la tierra, y la bella hija de Sion debía verse libre de las cadenas, Gabriel, mensajero de la voluntad divina, intérprete de los celestiales deseos, habiendo atravesado á vuelo las nubes, fué á parar en una casa de Nazareth, y presentándose delante de María, la saludó con estas palabras: *Dios te salve ¡oh llena de gracia! el Señor es contigo: bendita tú eres entre todas las mujeres.* Ahora bien; cada una de estas palabras encierra tales glorificaciones, que sería imposible medir todo su vasto significado. María es *llena de gracia*, y su gracia es llamada gracia por excelencia, ya porque tuvo en sí todo aquel río de gracia que Dios derrama sobre los ángeles, sobre los santos, y sobre todos los demás seres criados, ya porque esta gracia, no resultando en Ella nunca vana ni estéril, acrecentándose, multiplicándose y redoblándose, la hizo llegar casi á lo infinito. María está *en posesion del Señor*, lo cual significa, que aquel Dios, que irritado por los pecados de los hombres se había alejado de la tierra, hizo de Ella sus delicias, que se halla en Ella por una especial benevolencia, por una poderosa proteccion, por un afecto tiernísimo, por una amorosa complacencia y por una singular predileccion: y significa también, que Ella es la casa de Dios, el reposo de Dios, el gozo de Dios y el mismo amor de Dios. Finalmente, María es *la bendita entre las mujeres*, puesto que nadie ha recibido jamás tal cúmulo de bendiciones como descendieron sobre Ella; nadie fué colmado de dones tan particulares, tan

preciosos y tan múltiples; y nadie podía dispensar á los demás hombres beneficios tan estimables como por Ella vinieron á consolar abundantemente á la pobre humanidad. Todo lo cual es de suyo evidéntísimo, y sin necesidad de argumentos nos dá á comprender, la grandeza de las glorificaciones que el Arcángel tributó á María. Y en verdad, que si en la Escritura vemos á algunos personajes privilegiados que recibieron la visita de los celestiales espíritus, no hallamos ninguna que fuera acompañada de elogios tan magníficos; y si hubo alguno saludado por algun Angel, ninguno de ellos oyó jamás esta salutacion maravillosa, de la cual no podría hallarse otro ejemplar alguno.

Apénas María hubo contestado al Arcángel y dado su consentimiento á la obra de la Redencion, corre presurosa á casa de su prima Elisabeth; y Elisabeth, al ver á la Madre de su Dios, queda anonadada de un estupor tal, y de una maravilla tan grande, que no halla palabras para expresar lo que siente. Sobre su arrugado rostro brilla un iris de paz, la palidez de sus mejillas se trueca en celestial sonrisa, y á las tinieblas de su mente se suceden visiones sublimes. Al fulgor de la mística luz que convierte su casa en un paraíso, á la exuberancia del contento que traspasa los estrechos límites de su corazón, á los inusitados saltos con que siente moverse su hijo en sus entrañas, es la primera entre todas las criaturas de la tierra, que, alumbrada por una admirable revelacion, reconoce y adora en María la Maternidad divina. Se rejuvenece en su decrepitud, su debilidad adquiere una energía superior á sus años; y cuando se trata de encomiar á la bendita entre las mujeres, quisiera que su voz, semejante al sonido de mil trompetas, resonase por todos los ámbitos de la tierra. Y exclama: *¡Qué mérito hay en mí para que venga á visitarme la Madre de mi Señor? Siento que mi hijo salta en mis entrañas, siento que el gozo llena mi corazón, siento que mi mente se eleva á las delicias del Paraíso, y lo siento por tí, oh bendita entre las mujeres. ¡Qué palabras! ¡qué alabanza!*

Un Arcángel habia ya dicho, que María era la bendita entre las mujeres; pero como si esto no bastase, Elisabeth repite el mismo sublime homenaje. Y no solo lo repite, sino que lo amplía, puesto que las palabras *benedictus fructus ventris tui* muestran, que se ha cumplido el grande acontecimiento de la Encarnacion. ¡Oh! ¿quién podía imaginar entónces, que la alabanza tributada á María en la humilde casa de Nazareth y en las escabrosas vertientes del Hebrón, resonaría en dulce eco por todo el mundo, y que el pueblo cristiano,

despues de dos mil años, empleando los mismos términos de Gabriel, los acentos mismos de Elisabeth, rezaría continuamente: *Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre?*

¡Ella es la Madre del Señor! pero precisamente por esto jamás será tan glorificada como se merece. Elisabeth era venerable por sus años, por sus virtudes, por sus gracias, por sus honores, por su gloria; todo esto, empero, no es nada ante el privilegio de la Maternidad divina. Mujer de muchos años, esposa de Zacarias sacerdote del Señor, alma justa y querida del Cielo por sus virtuosos ejercicios, con las citadas palabras se reconoce indigna de la visita que recibe, é inclina la triple grandeza de la ancianidad, del sacerdocio y de la santidad ante la esposa de un carpintero, porque la esposa de aquel carpintero es la Madre de Dios!

Los saltos que dió el Bautista en las entrañas de su madre muestran que en aquel instante fué lavado de la culpa original y santificado desde el seno maternal. Así pues, Elisabeth, animada de espíritu profético, manifestando el sucedido prodigio, halla un nuevo motivo para alabar á María; y despues de haberla glorificado como la bendita entre las mujeres y como la Madre del Altísimo, la glorifica como aquella cuyo poder es grande para consuelo de los justos y beneficio de los pecadores.

Trasladémonos ahora á los campos de Palestina. Era el dia en que Jesús, despues de haber arrojado el demonio de un poseido, devuelto la vista y soltado la lengua á una infeliz ciego y mudo, pronunció un sublime discurso acerca de la accion del maligno espíritu sobre las almas. Entónces, en medio de la admiracion despertada entre los circunstantes por aquella estupenda doctrina y aquella sorprendente curacion, una mujer, no pudiendo contener por más tiempo en sí el entusiasmo, interrumpe el comun silencio, y levantando la voz con inusitada energía religiosa, exclamó: Bienaventurado el vientre que te llevó; bendito el seno que te alimentó. Esta es otra alabanza que se tributa á María. ¿Por qué bienaventurado el vientre que llevó á Jesús? Porque en este vientre el inmenso se hizo pequeño, el infinito finito, el inmortal mortal, el Verbo niño y Dios hombre; se unieron en el Hijo de María las cosas celestiales con las terrenas, se dieron el beso de paz la misericordia y la justicia, la humanidad se unió en amigable lazo con la Divinidad; y en este lazo se encerraron todas las gracias, del cual partieron todos los bienes, y se prepararon todas las divinas misericordias.

*Bienaventurados los pechos que te alimentaron.* A la primera se añade otra alabanza. Y ciertamente deben llamarse bienaventurados los piés de María, habiendo seguido constantemente los pasos del Salvador; bienaventuradas las manos, que tocaron tantas veces aquel preciosísimo cuerpo, y los brazos que le estrecharon, y los lábios que le besaron, y el cuello al cual Jesús estuvo graciosamente abrazado con frecuencia; pero más bienaventurados deben llamarse los pechos que le alimentaron, y dieron la leche á Aquel, que debía dar á las gentes la leche de la gracia y de la vida. Así pues, ya que esa mujer pronunciaba estas palabras en los campos de Palestina cuando exclamaba: *Bienaventurado el vientre que te llevó, y los pechos que te alimentaron,* viendo en sus palabras una magnífica glorificación, debemos concluir, que así como María fué glorificada por las generaciones que la precedieron, lo fué igualmente por las generaciones de su tiempo.

Tampoco faltaron á este perpétuo y universal himno de alabanzas las posteriores generaciones. El culto de María adornó las más brillantes páginas de la historia, embelleció los más patéticos anales de la sociedad, y consoló las más íntimas escenas de la familia. En efecto, apénas hubo abandonado la tierra se celebraron inmediatamente festividades en honor suyo; y desde los Apóstoles hasta nosotros, se le han consagrado siempre devotas solemnidades.

En todo tiempo se ha tributado piadosa veneracion á sus imágenes; y por más impracticable que haya sido el camino y cruda la estacion, han corrido las muchedumbres á sus santuarios. Ahora bien; estas gentes que acuden á sus templos, estos pueblos que se postran al pié de sus altares, estas almas que todo lo esperan de su patrocinio, son sin duda otras tantas pruebas dadas á la beatísima Virgen, de que debía ser bendita por todas las generaciones.

En todo tiempo se han celebrado festividades en honor de María, y en todos los puntos de Europa, y en toda nacion del mundo católico se han tributado aplausos á su nombre. Pues bien; estas pompas extraordinarias con que son adornadas, así las más vastas basílicas, como las más humildes capillas, los tríduos, las iluminaciones en las plazas, las procesiones, á las cuales concurren todas las órdenes de los ciudadanos, son indudablemente otros tantos testimonios de glorificación dados á la Santísima Virgen, de que debía ser bendita por todas las generaciones.

En todo tiempo se han instituido nuevas prácticas devotas en alabanza de María. Y ahora recuerdo el *Angelus*, con la cual acostam-

bran saludarla los corazones agradecidos del pueblo cristiano por la mañana, á medio día y al anochece; recuerdo el Rosario, con que acostumbran saludarla todos los días las familias piadosas; recuerdo el escapulario, con que se adornan todos los buenos para que les sirva de arma contra los enemigos espirituales; recuerdo el sábado, que los fieles tienen como día consagrado especialmente á Ella, y la Letanía lauretana, que se le repiten á todas las horas del día. Esta guirnalda de cánticos, de salmos, de himnos y de preces que se le ofrecen, desde la mañana hasta al anochece, y desde el anochece á la mañana, es sin duda otra prueba de glorificación á la Virgen, que debían bendecir todas las generaciones.

Salieron desgraciadamente algunos impíos, que, siguiendo las huellas de Nestorio, de los Jovinianos, y de los Elvidios, impugnadores, ó de los privilegios, ó de la dignidad, ó del culto de María; ¿pero, acaso permaneció mudo el pueblo cristiano á aquellas injurias, ó inclinó la frente á aquellas blasfemias? No, hermanos míos: los Atanasios, los Cirilos y los Jerónimos tuvieron mil imitadores en defender las glorias de la Virgen; y las Iglesias de Oriente levantaron innumerables voces para sostenerlas. Las torturas del paganismo dieron mártires á la Religión, las doctrinas de los herejes la enriquecieron de doctores, y las nefandas palabras de los detractores sirvieron para suscitar nuevas glorificaciones á María, á la cual debían llamar bienaventurada todas las generaciones.

Y á esto tienden también aquellas enérgicas expresiones con las cuales los Padres y los Doctores de la Iglesia alabaron siempre á María. El celeberrimo mártir Metodio la llamó: «Principio de la gloria humana, preciosa margarita del reino celestial, Madre de Aquel que alimenta todas las cosas, el límite de Aquel que es infinito.» El Abad Roperto llamóla: «Esposa de Dios, maestra de los maestros, milagro de virtudes, prodigio de santidad.» El Crisóstomo apellidóla: «Paloma en medio de las serpientes, oveja en medio de los lobos, estrella en medio de las nubes, lirio entre espinas.» San Bernardo la nombró: «Magnífico templo de la divina gracia, Reina de los Cielos, Madre de la vida, y Señora del mundo.» San Cirilo de Alejandría la aclamó: «Decoro del Universo, lámpara luminosísima, corona de la virginidad, cetro y norma de la verdadera fé.» San Agustín la celebró como á «Madre de la vida, vivo Tabernáculo de toda la Trinidad, y reparadora del género humano.» San Anselmo la encomió como «Emperatriz de Cielos y tierra, única dominadora de todas las cosas, y elevada sobre el trono de todos los Ángeles.» A Ella glorificaron

Gregorio el Grande, llamándola: «Monte colocado sobre la cumbre de los montes;» San Crisólogo, llamándola: «Madre de los vivos por la gracia;» San Ireneo, «Causa de la salvación;» San Pedro Damian: «La que aleja las tinieblas;» y San Ildefonso: «Querida, amada, alabada y bendita.»

Ánimo, pues, amados hermanos, tributemos á la Santísima Virgen todo género de alabanzas, porque puede llamarse, verdaderamente, Nuestra Señora de la Gloria. Ella se nos presenta precedida de los Patriarcas y de los Profetas de la antigua Ley, y seguida de todas las generaciones que debían proclamarla bienaventurada. Ella ha vencido y encadenado al enemigo del género humano; Ella canta su triunfo en su magnífico himno; ciñe sus sienes la corona que le estaba predestinada desde la eternidad. Alabémosla, pues, repito, y digamos en honor suyo con San Basilio de Seleucia, que no puede temerse jamás ofender la verdad con cualquier elogio que se haga de la Reina del Cielo, porque las palabras de los hombres jamás podrán igualar su grandeza. Suplamos nuestra pobreza é impotencia con un celo afectuoso para su culto. aprovechemos toda ocasión para hablar de Ella con el más tierno obsequio, procuremos todos los medios para inspirar en los demás hombres una confianza filial en su protección, honrémosla, principalmente, imitando sus virtudes; en fin, procedamos de manera, que al vernos y al oirnos se tenga motivo de glorificar á la divina Madre en sus hijos. Ya que somos incapaces de que nuestras alabanzas correspondan á su mérito, por lo mismo que Ella es superior á toda alabanza angélica y humana, procuremos compensarlo con nuestro celo por su culto, con nuestro afecto por su gloria, con la confianza en su patrocinio, y con nuestra fidelidad en seguir sus sagradas huellas.